

formado por las notas del piano y los suaves tonos del *armonium*.

La mujer desconocida estaba en el pabellon.

Era la segunda vez que Miguel oía aquella música irresistible, misteriosa y ardiente, que llamaba á las puertas de sus sentidos con la ansiosa voz de todos los deleites.

Otra vez volvió á sonar la enamorada melodía de aquel motivo que dice :

«Soy tuya..... soy tuya.»

Gil tendió la mano al buen muchacho, diciendo :

—He sido puntual..... escrupulosamente exacto y me retiro..... amigo mio..... yo soy siempre el mismo.

Miguel rechazó maquinalmente la mano que Gil le tendía, y éste dió media vuelta y desapareció por donde había entrado, pronunciando estas textuales palabras :

—Recibe el dinero y rechaza la mano.....
¡ Siempre la misma, naturaleza humana, siempre la misma !

CAPÍTULO XII.

Los dos hermanos.

Algo extraordinario debía ocurrir en el gabinete reservado de la Marquesa, pues la campanilla se deshacía llamando á la doncella, precisamente en una ocasión en que ésta se hallaba muy lejos de esperar que su señora la llamára.

Mundeta—tal era el nombre de la doncella— se encontraba en su cuarto contemplando en el espejo el seductor contraste que formaban sus negros y abundantes cabellos con el blanco mate de su rostro, sobre el que acababa de pasar la pluma de cisne con que diariamente se empolvaba desde la frente á la barba y de oreja á oreja, dando á su animada fisonomía el frío aspecto de un país nevado, en el que chispeaban los volcanes de

sus ojos, más negros que una noche de truenos.

Esta hermosa morena se había empeñado en ser blanca contra todas las leyes de la naturaleza, y había empezado á concebir esperanzas de conseguirlo, merced á la doble capa de polvos con que cubría su tez fresca y aterciopelada. Todavía le quedaba el recurso de apelar al *agua de Barcelona*, y en último extremo vislumbraba su deseo la posesion de..... ¡friolera!..... de la *toalla de Venus*, con la que sería más blanca que la leche y más hermosa.

Que el prado por Abril, de flores lleno.

Al primer campanillazo dió un salto; al segundo arrojó sobre su tocador, limpio y modesto, la brocha de pluma de cisne que tenía en la mano, y al tercer repiquete de la campanilla echó á correr como una loca.

Dos caminos tenía para llegar al gabinete reservado de la Marquesa, uno más corto que otro, y eligió el primero, saliendo á la galería de cristales, en cuyo extremo había

una puerta reservada que conducía á la escalera, por medio de la que se comunicaban el gabinete y el pabellon del jardin.

Llegó á esta puerta y quiso abrirla; pero ¡oh contratiempo! estaba cerrada por dentro, y la campanilla, furiosa, repiqueteaba por cuarta vez.

La pobre muchacha hirió el suelo con la planta de su pié no diminuto, y se lanzó á escape por la galería diciendo:

—¡Oh..... oh, qué impaciencia!

Por el camino más largo hubiera llegado ántes, ó más bien, el camino más largo era en esta ocasion el más corto.

Tuvo que volver casi al punto de partida y emprender de nuevo la marcha; mas llegó al fin y entró llena de temor y de curiosidad. De temor, porque la señora estaría tocando el cielo con las manos; de curiosidad, por saber el extraordinario motivo de tan intempestiva urgencia.

Estaba la Marquesa de pié junto al balcon inmediato al escritorio con un papel en cada mano, contemplándolos alternativamente, y tan en ello, que no advirtió que tenía delante

á la doncella, la cual se guardó muy bien de interrumpirla, y permaneció inmóvil como una estatua enfrente de otra estatua.

—Son idénticas, exclamó Luisa al mismo tiempo que reparó en Mundeta.

Ésta inclinó la cabeza, preparándose á recibir sumisamente los rayos en que iba á estallar la cólera de su señora; mas ¡cuál sería su asombro cuando en vez del enojo que esperaba estalló en los labios de la Marquesa la más estrepitosa carcajada!

—Señora..... balbuceó la pobre muchacha sin saber qué pensar de aquella risa, más intempestiva que los repiqueteos de la campanilla.

—Ah..... Mundeta..... dijo la Marquesa, sin dejar de reírse; ¡qué cara trae V.! eso es demasiado..... van á creer que tengo un bañil por doncella.

Indudablemente Mundeta se habria puesto encarnada como la grana, si la pared de polvos que cubria sus mejillas lo hubieran permitido; pero bajó los ojos y no se atrevió á pronunciar ni una palabra.

La Marquesa añadió:

—Que baje Fermin al cuarto de mi hermano y le diga que deseo verle al instante.

Salió Mundeta, pero apenas hubo salido, volvió á entrar diciendo:

—Señora, aquí está Fermin.

Luisa hizo un movimiento de impaciencia, y la doncella añadió apresuradamente.

—Es que..... viene á decir que el señor Duque desea ver á la señora.

—Que éntre, que éntre, gritó la Marquesa, ocultando en el bolsillo de su bata, pues aquel día no habia querido vestirse, uno de los dos papeles que tenía en las manos.

—¿Quién ha de entrar? preguntó Mundeta, ¿Fermin ó el señor Duque?

Un nuevo movimiento de impaciencia advirtió á la pobre muchacha lo impertinente de su pregunta, y salió dejando entrar á Fermin.

En cuanto la Marquesa vió al lacayo se lanzó á él, preguntándole enojada:

—¿Qué quiere V.?

—Señora..... contestó Fermin..... Mundeta.....

No pudo concluir, porque la señora lo interrumpió repitiendo:

— Mundeta..... Mundeta..... He dicho, añadió, que pase mi hermano, que éntre inmediatamente el señor Duque..... ¿Hablo yo en griego?..... ¿Será posible que hoy me entiendan ustedes?.....

La noble viuda, por una equivocacion bien natural, tomaba la impaciencia propia por torpeza ajena.

Al fin pudo el Duque penetrar en el gabinete reservado de su hermana, y entró diciendo:

— Querida Luisa, vengo en persona á poner en tu conocimiento que esta noche no como contigo.

— Querido hermano, me parece que no es eso solo lo que has venido á decirme.

Él replicó:

— Ya contesté formalmente á tu carta pidiendo el breve plazo de un año para enamorar á mi futura, y supongo que ese asunto lo habrás arreglado felizmente con la familia: ni á ella ni á mí se nos pasa el tiempo, y bueno será que nos conozcamos algo antes de llegar al fatal momento.

— Javier, Javier..... exclamó Luisa mo-

viendo la cabeza, me parece que si la rica criolla llega á conocerte, acabará por elegir otro hombre á quien entregar su escasa mano y sus abundantes millones.

— Te prometo, hermana mia, aquí, en el seno de la confianza y sin vanidad ninguna, que en un mes la conquisto.

— ¿Y entónces, pobre Javier, le preguntó Luisa sonriéndose, por qué pides el plazo de un año?

— Hija mia, contestó el Duque, porque para enamorarla me basta un mes, mas para enamorarme yo necesito más tiempo.

— Pues, señor mio, no me comprometo á obtener la concesion de semejante plazo..... un año es mucho.

— Mucho..... Cuando mi futura suegra lo necesita entero para decir: «Mire, Francisca..... llame á la niña, y mire, ábrame la boca, porque mire, quiero bostezar.....»

— Sí, replicó Luisa, tu futura suegra, — si llega á serlo, — es cubana desde los piés hasta la cabeza, y necesita tres dias para pasar de una habitacion á otra; pero en este

asunto tiene prisa, y es que se ha picado su amor propio.

— Eso es de tu cuenta, y no necesitas agotar tu talento para aplazar mi matrimonio por un año..... Ya ves, un año es un soplo.

— No, no, dijo la Marquesa, esto no es juego de niños. En tu carta, que casualmente la tengo en la mano, me dices: «Me casaré mañana mismo si tú quieres.....» Pues bien, no quiero que sea mañana ni dentro de un mes: partamos la diferencia..... que sea dentro de dos meses.

— Imposible, exclamó Javier.

— Bien, en ese caso anunciaré tu renuncia, y como en algo he de excusarla, diré que has perdido el juicio.

— ¿Vas á consentir que pierda trescientos mil duros de renta segura, trescientos mil duros á *toca-teja*?

— No es la pérdida de esa fortuna la que me aflige, contestó Luisa, porque, en fin, tú no estás á punto de morirte de hambre y puedes conservar con el esplendor necesario tu título de duque: lo que me desazona es que vamos á quedar mal con esa familia, á

quien nuestro padre debió algunos favores..... Quizá al hacerla duquesa no le das tú más que lo que le debes.

— Te pones tan séria, dijo Javier, que me rendirías á tu voluntad si fuera posible; pero, hermana mia, no puedo; estoy bajo la influencia de un poder que dispone de mí con encanto irresistible..... Hoy por hoy lo sacrificaré todo á este..... phs..... á este capricho que me domina..... Además, déjame correr mi última aventura y me casaré tranquilo..... tranquilo como el sol que se pone en un cielo sin nubes. Al reo condenado á muerte se le conceden tres dias de vida; justo será que al hombre condenado al matrimonio se le conceda un año.....

— Javier, preguntó la Marquesa en tono de reconvencion, ¿qué locura traes entre manos?

— Está muy bien aplicada la palabra, hermana mia: una locura á cuyo éxito he aplicado todo mi juicio, toda mi experiencia, todo mi talento, todo mi sér; pero una locura pasajera, fugitiva, detras de la que está mi matrimonio como el término sereno de un

dia tempestuoso. Sí, severa Marquesa, me casaré con esa mujer despues de haber conseguido el amor de un ángel..... Lo juro.

—Pues, caballero, renuncie V. desde ahora á la mano de la rica criolla; yo no puedo hacerme cómplice de semejante disparate.

—¿Harás que pague con trescientos mil duros anuales una locura que será la última?

—Sí.

—¿Eres insensible á las debilidades de la naturaleza humana?

—Soy inexorable.

—Bueno: si nuestro buen padre, desde el fondo de su sepulcro se queja de que faltamos á la palabra por él empeñada, tuya será la culpa.

—Tuya, exclamó Luisa con vehemencia.

Hubo un momento de silencio, durante el que Javier se levantó, considerando que lo más prudente era suspender la discusion, aplazándola para otro día, pues aunque no ignoraba que su hermana era terca, como buena aragonesa, á él le convenia ganar tiempo.

Al ver Luisa que su hermano apelaba al

estratégico recurso de la fuga, le detuvo diciendo:

—Oiga V., señor mio, ¿se puede saber de quién es la letra con que ha tenido V. la bondad de contestar á mi carta?

—¿Y qué interes tiene V. en saberlo? preguntó á su vez el Duque con seriedad fingida.

Por medio de una sonrisa, al parecer involuntaria, dulcificó la Marquesa la seria expresion de su rostro, excusando así una tinta de color de rosa que súbitamente encendió la suave palidez de sus mejillas.

—Un vivo interes, contestó mordiéndose los labios.

—¿Y qué interes es ése?

—Deseo saber, dijo jugando con la carta que tenía en la mano, quién me priva del honor de recibir cartas autógrafas del señor Duque.

—La letra de esa carta, señora Marquesa, es de mi secretario.

—¡Hola!..... Esto es nuevo.

—Novísimo.

—¿Y quién es ese caballero que le ayuda

á V. en la ardua tarea de no hacer absolutamente nada?

— Mi rival..... contestó Javier.

— ¡Tu rival!.....

— Lo que oyes.

— Explícame eso.

— ¡Ah! es una historia.

— Debe ser interesante.

— Mucho.

— Cuéntamela.

— Es muy larga.

— No importa.

— Pues oye.

— Habla.

— Es un guapo chico.

— Sigue.

— Que ha puesto los ojos.....

— ¿En quién?

— En quien yo los tengo puestos.

— ¿Y qué?

— Lo he apartado de ella.

— ¡Cómo!

— Haciéndolo mi secretario.

Esta vez no tuvo la Marquesa que sonreír para disimular el súbito encarnado de sus

mejillas, pues estaba más pálida que nunca.

— No te entiendo, dijo.

— Pues es bien claro.

— ¿Ella es hermosa?

— Mucho.

— ¿Cuánto?

— Mas que tú.

— ¿La conozco?

— Sí.

— No caigo.....

— Tú misma has admirado su hermosura.

— ¿Dónde?

— Aquí.

— ¿En mi casa?

— En tu propio tocador.

— ¿Cómo?

— Bajo una falda de color de fuego con blondas negras.

— Sí.....

— Con tu magnífico collar de perlas sobre sus hombros desnudos.

— ¡Ah!..... exclamó la Marquesa, ¿es.....

Javier la contestó diciendo :

— La misma.

Luisa empezó á pasar la carta de su her-

mano de una mano á otra con visible inquietud, diciendo :

—Sí, hermosa criatura..... demasiado hermosa.

—Ya ves, querida hermana, añadió el Duque, lo grave de mi situación : tengo empeñado mi amor propio, me encuentro frente á frente de un rival temible, y no he de abandonar el campo en el momento más crítico de la jornada..... Convéncete de que necesito un año para casarme tranquilamente con trescientos mil duros de renta.

—Y dime, preguntó la Marquesa, ¿qué clase de hombre es tu secretario?

—Un guapo chico que maneja la espada como un maestro de esgrima y habla como un libro..... Ha tenido la imprudencia de ponerse en mi camino ; pero es todo un caballero..... Antes de anoche perdió cuatro mil duros jugando con dinero prestado. Yo cuando lo supe dije : «Ese no amanece», y eran las cuatro de la mañana.

—¿Y qué?..... exclamó Luisa con vivo sobresalto.

—Nada..... anoche se presentó y pagó su

deuda billete sobre billete, siendo un pobre diablo que no tiene sobre qué caerse muerto.

—Tú debiste darle ese dinero, dijo la Marquesa.

—Poco más ó menos esa cantidad tiene en el cajon del escritorio..... pero de allí no han salido los cuatro mil duros. No sé de dónde los ha sacado. ¡Oh! y anoche estuvo feliz..... jugó sin medida y ganó sin consuelo.

—No comprendo, preguntó Luisa, cómo se resigna á ser el secretario de su rival.

—Él no sabe, querida mia, que yo adoro á Magdalena..... Si llegára á saberlo, era asunto perdido..... Sería capaz de llevarme á un lance y me obligaría á matarlo, porque usa una guardia muy peligrosa.

—¡Tanto ama á esa mujer!.....

—Mucho ; con un amor que parece del otro mundo.

Sin que Javier lo advirtiera, sus palabras produjeron en Luisa tres síntomas de esa enfermedad interior que se llama ira, pues frunció su hermoso entrecejo, mordió el car-

min de sus labios con las perlas de sus dientes y arrugó entre sus dedos de nácar la carta que tenía en las manos.

El Duque prosiguió diciendo :

—Hasta ahora la cosa no ha pasado de ardientes miradas y dulces sonrisas, entre las que no habrá faltado algun suspiro de esos que encienden el aire; pero si yo no me interpongo á tiempo, se declara el incendio y el amor los abrasa vivos..... porque ella..... añadió apretando los puños..... ella.....

—Lo comprendo, lo comprendo, dijo la Marquesa con las notas más profundas de su voz pastosa.

Despues añadió con aire indiferente:

—Quisiera conocer á tu secretario.....

—Te lo presentaré en regla..... esta noche comemos juntos.....

—Pues mira, dijo Luisa, yo no salgo de casa y esta noche no espero á nadie.

El Duque miró fijamente á la Marquesa; tan fijamente, que ésta se vió obligada á bajar los ojos huyendo de las miradas de su hermano, el cual con aire receloso y cauta sonrisa pronunció las palabras siguientes :

—Querida Luisa, ¿me estás urdiendo alguna mala pasada?

—¿Yo?..... exclamó la Marquesa, verdaderamente sorprendida.

—Tu afan por que me case ántes de dos meses con la opulenta criolla es capaz de hacer que te pongas de parte de mi rival y me vendas.

—Te juro que no..... te lo juro.

—Me parece que has hecho ese juramento con todo tu corazon; pero perdóname, hermosa criatura; yo no me fio de los juramentos de las mujeres, y necesito un testimonio más irrefragable.

—¿Qué testimonio quieres?

—Uno sumamente sencillo; coge la pluma y escribe á mi futura suegra una carta diciéndole que estoy loco por su hija, y que por lo mismo quiero asegurarme de su afecto para ser el hombre más rico—¿qué digo?—más feliz del mundo, y que pido un año de prueba para su cariño y de martirio para mi corazon..... ¿Me entiendes?

—Sí, contestó la Marquesa, sentándose delante del escritorio; escribiré lo que quieras.